

## El pescador y la hija del noble

Érase una vez un apuesto pescador, joven e inteligente. Cada vez que atravesaba las posesiones de cierto noble, Mariola, su hija, lo llamaba, le compraba el pescado y le daba dinero en cantidad diez veces superior al valor del pescado que compraba. Tanto dinero ganaba de esta forma, que comenzó a no darle importancia, pero Mariola seguía siendo su cliente.

En una de estas ocasiones, mientras ella le daba el dinero, le tocó la mano y le dio un pequeño apretón; el pescador se puso tan colorado como una remolacha, miró hacia el suelo y, ganando confianza, comenzó a darse aire y a retorcer su bigote.

Gradualmente fueron entablando confianza; ella supo que él estaba soltero y le alegró la respuesta que él le daba. Aunque él era sólo un pescador, ella se enamoró perdidamente de él y, dándole un monedero lleno de monedas de oro, le dijo que se comprara ropas apropiadas para un caballero y que volviera para mostrarle que eran adecuadas para él.

Se compró un caftan y otras ropas que le hacían pasar por un auténtico noble, se vistió con ellas y se fue a enseñar a Mariola.

Ella casi ni lo reconoce, pues tanto su carruaje como sus ropajes eran impresionantes y ya no pudo ocultar el amor que sentía por él y le hizo entender que si se lo pedía, ella sería su esposa. El pescador dudó, sabiendo que no era un partido adecuado para la hija de un noble, pero viendo que ella insistía, con gran timidez, y retorciendo su gorro, al final consintió.

Al oír todo aquello, el noble enfureció, diciendo que el pescador no era un partido adecuado para su hija; pero amaba a Mariola profundamente y, viendo que su corazón deseaba ese matrimonio, al final consintió.

Mariola volvió a darle un monedero lleno de oro a su pretendiente, pidiéndole que comprara ropajes adecuados para la ceremonia y todo lo que fuera necesario. Sin tardanza se presentó el pescador ante ella, vestido con ropajes bordados en oro y Mariola lo condujo ante la presencia de su padre, que al momento le concedió la mano de su hija.

Poco después se celebró la boda y en el banquete tomaron asiento en el lugar de honor. Era costumbre en aquella época que los recién casados comieran un huevo pasado por agua. El pescador cortó una rebanada delgadita de pan e iba a mojarla en el huevo, cuando Mariola lo detuvo diciendo: "No, yo debo comer primero, soy la hija del noble, tú eres sólo un pescador"

Él no hizo comentario alguno, pero, levantándose silenciosamente de la mesa, abandonó el salón, dejando a los invitados atónitos, puesto que ellos no sabían que había sido un pescador.

La novia estaba muy preocupada por el error que había cometido y permaneció sentada, mordiéndose los labios llena de desesperación y disgusto, hasta que, incapaz de mantener la compostura, se retiró a su dormitorio y se encerró allí.

No pudo dormir en toda la noche y, a la mañana siguiente, fue al lado de su padre y le pidió permiso para ir a buscar a su marido. El padre intentó disuadirla de ello, pero en vano, y ella se puso en camino.

Atravesó la ciudad, el país, pueblos y más pueblos, hasta que al final, en uno de estos pueblecitos, lo vio, humildemente vestido y trabajando como sirviente en una posada. Se aproximó a él rápidamente y le habló, pero él no parecía conocerla y continuaba con sus quehaceres. Ella le suplicó que le hablara, aunque fuera sólo una palabra, pero él simplemente se encogió de hombros y retiró su mirada.

El dueño de la posada, al ver esta interrupción, le dijo: “¿Cómo te atreves a distraer a mi criado e impedirle que trabaje?, ¿No te das cuenta de que es mudo? Si eres tan respetable como muestra tu apariencia, te aconsejo que te vayas y lo dejes en paz”.

“No es mudo”, lloró ella, “es mi marido, y me dejó por un malentendido”

La gente del pueblo, que se había reunido allí, estaban atónitos al oír lo que ella había dicho, puesto que no parecía que se estuviera burlando de ellos.

El posadero estaba también atónito y decía que no era posible que un hombre que puede hablar pueda permanecer toda una semana sin pronunciar una palabra. Todos los que le conocieron creían que era mudo y se comunicaban con él mediante signos. Además, se había ganado su confianza por su bondad, buen carácter y buena disposición al trabajo.

Mariola, al ver que nadie creía su historia, les apostó que si se le permitía permanecer tres días al lado de él, lograría hacer que su marido hablase. Si no lo conseguía, consentiría en ser ahorcada. Aceptaron la apuesta y la legalizaron por medio del Prefecto del pueblo.

El pescador, que no sabía nada de la apuesta, fue enseguida puesto al corriente por los cotillas del pueblo.

Mariola constantemente lo trataba de hacer hablar, le decía: “Mi amado, me he equivocado, me casé contigo porque te amaba y te prometo que nunca más, en toda mi vida, volveré a cometer tal error; por favor, ablanda tu corazón y habla conmigo, aunque no sea más que una palabra”. Sin embargo, no había respuesta, sólo se encogía de hombros, como si no entendiera lo que ella decía.

Pasó el primer día así y llegó el segundo, que pasó también sin un solo sonido.

Al tercer día Mariola comenzó a temblar de miedo y seguía al pescador allí donde iba, pidiéndole que le dijera una sola palabra. Él, por otro lado, temiendo ser vencido por sus lágrimas, huía de su presencia.

Los tres días habían transcurrido y todo el pueblo estaba pendiente del problema entre el criado mudo de la posada y la bella joven, que creían que lo había confundido por otro, lo cual le había traído toda esta mala suerte.

Construyeron una plataforma de madera y la gente se congregó allí para presenciar el final de la tragedia. Se mandó llamar a los oficiales que, en contra de su voluntad, fueron obligados a llevar a cabo su castigo.

El verdugo se acercó a Mariola y la condujo hacia la plataforma, diciendo que, como ella no había conseguido hacer hablar al muchacho mudo, debería aceptar lo que había apostado con su vida.

Suspirando, ella volvió la cabeza una vez más hacia su impasible marido, pero, viendo que éste no hacía ningún signo de querer ceder, se preparó para morir: se soltó su cabello, hizo la señal de la cruz y se encomendó a Dios. Todos los allí reunidos se conmovieron al ver todo esto y, una vez más, en los escalones de la plataforma de madera, con el sacerdote a su lado, se volvió hacia el pescador diciendo: "Mi amado esposo, te suplico que me salves, una sola palabra será suficiente". Pero, sacudiendo la cabeza, él miró en otra dirección.

El verdugo esperaba con la soga en la mano. La ajustó alrededor del cuello de Mariola, en un minuto todo habría terminado. En ese momento el pescador, estirando la mano dijo: ¡Alto!

Todo el mundo se quedó helado de la impresión y lloraban de alegría. El verdugo aflojó el nudo y el pescador, mirando severamente a Mariola le preguntó: "¿Me volverás a echar en cara que soy un pescador?" Con gran emoción, ella lloraba: "Perdóname, mi amado esposo, he cometido un error y nunca más heriré tus sentimientos de nuevo".

"Liberadla, que es realmente mi esposa", dijo el pescador. Y, tomándola de la mano, la condujo de vuelta a casa, donde toda su vida transcurrió llena de felicidad y prosperidad.